—¿Quieres saberlo?

—Sí.

—Me decia: «El que defienda á mi padre será mi caballero.»

—¡Ah!..... ¿segun eso su padre necesita que le defiendan?

—Así debe ser.

—¿Contra quién?

—Lo ignoro.

Meloir movió la cabeza á uno y otro lado.

—Mr. Hue de Maurever, dijo en voz baja, y como si hablase consigo mismo, era el escudero y amigo de Gil de Bretaña.

—Es verdad, dijo Aubry; ¿qué mas?

—¿Qué mas?..... Algun dia te apuntará la barba, primo, y con ella te llegará la razon..... Dime, segun eso, si somos treinta para defender al viejo Maurever, su hija aceptará treinta caballeros.....

Maese Aubry se quedó parado. No tenia sangre normanda en las venas, y Meloir valia dos veces mas que él en los combates.

—Hay dos modos de ser feliz, repuso el porta-estandarte con tono doctoral; hacerse amar y hacerse temer.... Un buen muchacho no siempre tiene la facilidad de elegir; pero cuando se le escapa de entre las manos uno de los dos medios, conserva el otro.... Ten cuidado, primo, baja tu bandera y sueña solo. En cuanto á mí, tengo que reflexionar.

Meloir se adelantó.

En aquel momento, pasaban por debajo del rastrillo.

El coro de los monjes cantaba el *Dies iræ*, subiendo por la escalera abierta en la roca que conduce al castillo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

III.

Fratricida.

Cuando Francisco de Bretaña y su séquito hubieron llegado á la puerta del convento de San Miguel, se hallaron á unas veinte y cinco toesas sobre el nivel de la playa.

Francisco se colocó á la cabeza de la comitiva, y fué el primero que pisó los peldaños de la escalera.

Esta escalera, cuyos escalones de piedra van sepultándose en una media luz oscura, se halla colocada entre las dos torrecillas de defensa, rectas y altas, que tienen cada una dos almenas separadas por una tronera cubierta, y conduce á la sala de guardias.

Es preciso hablar en tiempo pasado al referirse á los hombres. Pero cuando se trata de las piedras se puede emplear el presente, porque esas maravillas de granito están de pié, y los locos furiosos del año 1793, los vándalos de todas las edades, y cuatro siglos acumulados, apenas han podido mutilar algunas estátuas piadosas ó destrozar algunos contornos santos. Verdad es que el yeso, mas fuerte que las revoluciones y que los años; el yeso, arma favorita de Atila, director, y de Erostrato, empresario de albañilería; el yeso, maza destructora de los con-

servadores idiotas, pavés de los osos de la arquitectura; el yeso odioso, innoble, imbécil, ha *remozado* muchas *vejeces*.

Pero no es necesario ir tan léjos de París para ver de lo que es capaz el yeso.

Y este anatema contra el yeso hace mucho tiempo que se ha fulminado.

Dejemos el yeso, y por eso mismo, hablemos decididamente en tiempo pasado.

En frente de la escalera ocupaba el centro de la sala de guardias una gran chimenea, sobre la cual se veia el escudo de armas del abad

El blason del cardenal Guillermo de Estetouville, trigésimo segundo abad de San Miguel, existe todavía en la nave de la iglesia y en la sala de los caballeros, y es muy historiado.

En la sala de guardias, el obispo de Dol, que habia de oficiar, aguardaba á su soberano con el prior de San Miguel y los canónigos de Coutances.

El prior se colocó á la izquierda de Guillermo Roberto, que representaba al cardenal abad, y entregó las llaves al lego encargado de abrir las puertas.

Para llegar á la iglesia de la abadía de San Miguel no se andaba á piso llano, sino que siempre se iba subiendo.

Primero fué preciso cruzar el gran refectorio, extensa habitacion de estilo romano, en el que la sobriedad de detalles produce una especie de grandeza severa, que impone y sorprende, los dormitorios, pertenecientes al mismo estilo, que hay encima, y la sala de los caballeros.

Bien denominada estaba esta; era altiva y robusta como aquellos gigantes que se vestian de hierro; pesada, pero bien asentada sobre sus vigorosos pilares, y que desde el pavimento hasta la bóveda respiraba la ruda majestad del soldado cristiano.

Era el estilo romano llegado al gótico, el pilar abultado haciéndose mas musculoso, el arco de bóveda acariciando el nacimiento de la ojiva.

Siguieron subiendo lentamente, los monjes cantando sus himnos de muerte, los hombres de armas silenciosos, las mujeres con el rostro velado, el duque muy pálido.

El duque temblaba bajo las bóvedas frias y murmuraba á la aventura una oracion.

Su corazon no sabia que su boca hablaba á Dios.

Mas arriba de la sala de los caballeros, estaba el claustro.

La *era de plomo*, como le llamaban, porque el patio, encerrado entre las cuatro galerías, estaba cubierto de plomo para proteger la bóveda de la sala inferior.

A medida que se iba subiendo desaparecia el estilo romano para ceder el puesto al gótico, porque la historia arquitectónica del Monte San Miguel tiene sus páginas en buen órden, y se van abriendo con arreglo á la mas estricta exactitud cronológica.

El sol de medio dia iluminaba el claustro, que apareció ante la vista de los peregrinos en toda su espléndida hermosura. Era un cuadrado perfecto de tres órdenes de columnitas aisladas ó reunidas en grupos que se coronan de bóvedas ojivadas, cortadas por molduras delicadas y atrevidas.

Lo prodigioso, allí, era la variedad de los adornos, cuyo asunto, que siempre era el mismo, se modificaba hasta lo infinito en la ejecucion, y bordaba sus hojas ó sus flores de mil maneras diferentes, de modo que, respetada la simetría, dejaba libre el campo á la mas querida de nuestras pasiones artísticas, á la que hace nacer el capricho.

Por eso aquella escalera de sesenta piés que acababan de subir, desde la base de las torrecillas hasta la *era de plomo*, pasando por la sala de guardias, el refectorio grande, el dormitorio,

la sala de los caballeros y el claustro, habia recibido el nombre de la *Maravilla*.

En el ángulo Norte del claustro habia una arca ó cepillo de madera tallada, ante el cual se detuvo el señor prior haciendo sonar su baston.

—El señor Gil de Bretaña, dijo, cuya alma tenga Dios en descanso, echó en este cepillo 40 escudos de Nantes el dia 4 de febrero del año 37.

Francisco sacó de su escarcela un puñado de oro, lo echó en el cepillo, se santiguó, y pasó de largo.

La procesion tomó por el ángulo del claustro para dirigirse á la basílica.

Pero no es la luz del sol la que necesita aquella arquitectura sarracena para ostentar su carácter misterioso y piadoso. Sus gracias algo singulares, sus efectos imprevistos y en cierto modo románticos, necesitan aun mas sombra que luz.

Y esto es tan cierto, que oscurecemos voluntariamente los vidrios pintados de nuestras catedrales, á fin de que la luz penetre menos clara y mas tibia en esos bosques de granito, que tienen sus raices bajo el mármol del pavimento de la nave, y entrelazan en la bóveda sus ramas cargadas de hojas ó de flores

La basílica de San Miguel no estaba enteramente concluida en la época en que ocurrian los sucesos que venimos narrando.

Faltaba el coronamiento del coro; pero estaban ya cerrados los costados bajos y el coro. El altar se alzaba bajo la misma armazon del coro, que comunicaba con la parte exterior por medio de las obras y andamios.

El duque Francisco se detuvo allí. No subió por la escalera del campanario que conduce á las galerías, ni al grande y pequeño *Torno de los Locos*, ni á aquel chapitel audaz, sobre el cual giraba el arcángel San Miguel sobre su bola de oro, der-

ribando bajo sus plantas al dragon á cuatrocientos piés sobre el nivel de las playas (1).

Las colgaduras fúnebres ocultaban la parte del coro que aun estaba por concluir. Los monjes se formaron en semicírculo en torno del altar.

La campana grande del monasterio comenzó á doblar.

Las seis doncellas del duelo se arrodillaron sobre almohadones de terciopelo detrás del dosel, que habian preparado para el duque Francisco.

Juana de Bruc é Ivona María de Coetlogon ocuparon los dos primeros almohadones. Representaban á Isabel de Escocia, duquesa reinante, y á Francisca de Dinant, esposa del difunto príncipe.

Entre los gentiles hombres, Malestroit representaba á Pedro de Bretaña, hermano del duque, y el valiente Juan Budes, tronco de la familia de Guebriant, se colocó en el sitio y lugar de Arturo de Bretaña, condestable de Richemont, ausente por el servicio del rey de Francia.

En las cornisas tendidas de negro, la divisa de Bretaña corria en festones interminables, mostrando ya una, ya otra de estas cuatro palabras: *Malo mori quam fœdari* (2).

La multitud llenaba las naves laterales.

En la nave principal, los hombres de armas estaban de pié, separados de su soberano y de los monjes por la barandilla del coro.

La oscuridad que solicitábamos hace poco para las obras del arte gótico la tenia profusamente en aquel dia la basílica de San Miguel. El negro paño de las colgaduras, cubriendo la leve

(1) La linterna de la cúpula y el Arcángel que sostenia han sido destruidos por el rayo.

(2) Alusion al blanco escudo de armiño: *Prefiero morir antes que mancharme.*

trasparencia de los vidrios de colores, apenas dejaba pasar algunos rayos de luz, y el resplandor de los cirios luchaba victoriosamente con aquella pálida claridad.

Bajo la bóveda reinaba una tristeza grave y profunda.

Y tambien, aunque nadie hubiera sabido decir por qué, una especie de terror místico.

Comenzaron los oficios.

Francisco se hallaba situado precisamente en frente del ataud vacío que, para las necesidades de la ceremonia, figuraba el sarcófago ausente.

Dícese que tuvo constantemente los ojos bajos, y que n una sola vez se fijó su mirada en el paño negro en el que unas letras de plata dibujaban la cifra de su hermano.

Los monjes recitaban las oraciones con voz lenta y cadenciosa: la multitud y los caballeros contestaban.

Dícese que los descoloridos labios de Francisco ni una sola vez se entreabrieron para pronunciar los responsos.

Tambien se dice que en varias ocasiones se tambaleó su cuerpo sobre el noble asiento que le habian preparado los monjes.

Añádese, por último, que en el momento de la absolucion, su mano dejó caer el hisopo bendito.....

Durante la absolucion fué cuando pasó la singular y memorable escena que sin duda hizo olvidar los pormenores que la habian precedido.

Y de esta escena guardará eterno recuerdo la basílica de San Miguel.

El dedo de Dios tocó la frente de aquel á quien no podia alcanzar el dedo de la justicia humana.

En el momento en que el duque Francisco de Bretaña se levantaba para echar agua bendita sobre el catafalco, y cuando el señor senescal de Bretaña lanzaba este grito bajo las bóvedas sonoras:

—¡Hombres de armas! ¡de rodillas!

En el momento en que los seis caballeros del duelo, bajando la punta de sus espadas, entraban en el coro para formarse en círculo al rededor del cenotafio, apareció de improviso un fraile, detrás del ataud vacío.

Nadie hubiera sabido decir de dónde salió aquel fraile, porque los asientos estaban ocupados, y ningun movimiento se habia observado al rededor del coro.

El fraile se enderezó con toda su altura, desenvolviendo el tosco sayal de su hábito, y mostrando tan solo una mano que empuñaba un crucifijo de madera.

—¡Atrás! ¡duque! exclamó con voz retumbante.

En el coro y en la nave se miraban unos á otros.

El duque Francisco se retiró, Reina de Maurever tembló bajo su velo. Aubry se estremeció; habia conocido aquella voz.

El estupor se reflejaba en todos los semblantes. Sin embargo, el obispo de Dol no se movia.

El procurador, el prior y los frailes tuvieron que imitar su ejemplo.

El monje desconocido dió la vuelta al cenotafio, y salió al encuentro del duque.

—¿Qué me quieres? balbuceó este último.

—Vengo á verte de parte de tu hermano muerto, contestó el fraile.

Un estremecimiento circuló por las venas de todos.

Solo Meloir parecia tener mas curiosidad que terror.

Se adelantó hasta la barandilla para ver mejor. Aubry le habia precedido.

—¿Quién eres? volvió á decir el duque Francisco, cuya voz desfallecia.

El monje, en vez de contestar, esta vez se echó hácia atrás la ancha capucha que cubria su frente, y mostró una cabeza de

anciano, enérgica y serena, coronada por los largos cabellos blancos.

Un nombre circuló sin duda de boca en boca.

Decian: «Hue de Maurever, el escudero de Mr. Gil.»

Meloir movió á uno y otro lado su cabeza cubierta de hierro, como suele hacerse cuando de improviso se halla la solucion de un enigma que se ha buscado durante mucho tiempo. Aubry, que apenas podia respirar, se volvió hácia el sitio de la nave en que las damas estaban arrodilladas.

Reina se hallaba inmóvil. Los pliegues de su manto parecia que estaban tallados en mármol.

El supuesto monje, sin embargo, tenia la frente erguida y la mirada segura.

Miraba frente á frente á Francisco de Bretaña, cuyos párpados se inclinaban hácia el suelo.

Su voz se tornó mas grave y su acento mas solemne.

— En presencia de la Santísima Trinidad, repuso, y ante todos los que están aquí, sacerdotes, monjes, caballeros, escuderos, ricos-hombres, pajes y villanos, yo, Hugo de Maurever, señor de Rez, de la Limosna y de San Juan de las Playas, hablando en nombre de tu hermano Gil, asesinado cobardemente, te cito, Francisco de Bretaña, para que comparezcas en el plazo de cuarenta dias ante el tribunal de Dios

El anciano calló.

Su mano derecha, que sostenia un crucifijo, se alzó; la izquierda salió de debajo del hábito entreabierto, y echó á los piés de Francisco un guante de búfalo, que todos conocieron habia pertenecido al desgraciado príncipe cuyos funerales se estaban celebrando.

Para comprender el efecto terrible que produjo aquella escena, es preciso abandonar el sentimiento escéptico en que vivimos, y sacudir la atmósfera de pesada prosa que nos rodea; es

preciso trasladarse á aquellas épocas. En el siglo XV creian; la religion entraba entonces en la vida de todos, y no habia un corazon que no se oprimiese con solo oir la palabra milagro.

Esto pasaba en el Monte San Miguel, en la lúgubre roca sobre la cual se cernia la muerte.

Esto pasaba en la enlutada basílica ante el ataud de aquel mismo que llamaba á su hermano asesino á los piés de la justicia suprema.

En torno del catafalco, rodeado por cuatro hileras de cirios, cincuenta monjes se mantenian de pié, impasibles, mostrando su rígido semblante.

Solo el altar brillaba en el fondo mate de las negras colgaduras.

Y en la oscuridad de la nave, entre la inmensa confusion de las columnas, bajo las ojivas que mezclaban y enredaban hasta lo infinito sus molduras, iluminadas vagamente por algunos rayos rojos que se escapaban de los vidrios de colores, el acero de las armaduras lanzaba en ciertos sitios sus brilladores reflejos.

Hubo dos ó tres segundos de lúgubre silencio, durante los cuales reinó entre la multitud un terror supersticioso.

¿Se iba á ver, por ventura, al espectro levantar su fúnebre ropaje?

Luego hubo un gran movimiento.

Las armaduras sonaron en la nave.

Los seis caballeros escalaron la barandilla, y los monjes, abandonando con el mayor desórden sus sitiales, se lanzaron al centro del coro.

Esto era porque el duque de Bretaña, despues de haber vacilado como si hubiese recibido un golpe de maza en el cráneo, habia caido de espaldas sobre el pavimento de mármol.

Le levantaron.

Cuando volvió á abrir los ojos, Hue de Maurever habia

desaparecido, y lo que acabamos de referir hubiera podido pasar por un sueño, á no ser por el guante de búfalo que continuaba allí como un testigo irrecusable del terrible emplazamiento.

¿Por dónde se habia fugado el fingido fraile? Cada cual pensó esto mismo, pero nadie supo resolver la duda.

El duque Francisco, lívido como un cadáver, recorrió con la vista su estremecida comitiva.

—¡Ese hombre ha mentido, señores! dijo. Lo juro ante san Miguel.

Una voz bajó de las bóvedas, y contestó:

—! Tú eres quien miente, señor, lo juro ante Dios!

Se vió un objeto oscuro que se movia en la galería que conducia á la escalera del campanario.

La sangre afluyó á la cabeza de Francisco, quien se enderezó gritando:

—Cuatro escudos de oro á quien me le entregue.

Reina sintió que su corazon dejaba de latir.

Nadie se movia.

El duque rechazó con el pié el guante.

Su mirada, que brillaba ardiente, se fijó en Aubry de Kergariou, que estaba de pié detrás de la barandilla.

—¡ Ven aquí! dijo con voz de mando.

Aubry fijó su bandera en la madera de la barandilla que separaba la nave del coro, y saltó la barandilla.

—Mi primo Perhoet, repuso el duque, me ha dicho con frecuencia que tú eres la mejor lanza de la compañía. ¿Quieres ser caballero?

—Mi padre lo era; yo llegaré á serlo con la ayuda de mi patrono, replicó Aubry.

—Lo serás esta noche si me traes á ese hombre muerto ó vivo.

Los ojos de Aubry se volvieron hácia la nave. Vió á Meloir

que se sonreia maliciosamente; vió tambien las manos blancas de Reina que se juntaron bajo su velo.

Aubry desenvainó su espada, la besó, la rompió y arrojó los pedazos á los piés del duque. Despues de lo cual cruzó los brazos sobre el pecho.

El duque retrocedió.

Aquel golpe le heria casi con tanta violencia como la misma acusacion de fratricidio.

Se oyeron pasar por sus labios lívidos estas palabras proféticas:

—¡ Moriré abandonado!

Pero antes de que hubiese tenido tiempo para recobrar el uso de la palabra, resonó bajo la bóveda silenciosa el ruido de otra bandera que se hincaba en la madera de los escalones.

Meloir saltó á su vez la barandilla.

Hincó una rodilla en tierra delante del duque.

—Señor, le dijo, ese es un niño; yo soy un hombre. Perseguiré al traidor Maurever, y le encontraré aunque esté al lado de Satanás.

—Entonces serás caballero, exclamó el duque.

. . . . . .

Por la tarde, al atravesar las playas para volver á Avranches, el futuro caballero Meloir llevaba la mision de custodiar al pobre Aubry, á quien habia preso como reo de Estado.

—Pues señor, se decia, hemos empeñado la partida. Ella le ama y á mí me teme; no cambio mis dados por los suyos.